

dismo honrado, si bien no descansa en su pluma para llenar perentorias necesidades, sí ha creído de interés público luchar contra las oligarquías de ambiciosos, y en muchas y en oportunas ocasiones ha levantado su protesta interpretando, sin reservas, el sentir de la gente sensata.

Más que a la conquista del oro que ofrece tantos peligros a los hombres, y que muchas veces prepara su ruina; que pervierte las juventudes y destrona la dignidad de los hogares, de-

bemos correr a la conquista del bien y del honor; buscar el medio de equilibrar las fortunas para que nadie muera entre los ayes angustiosos de la miseria; debemos, no destruir el becerro de oro, porque no sería el medio de acabar con la idolatría, sino sembrar en el corazón el amor al prójimo, y hacer brotar del cerebro humano los altos ideales de justicia.

Junio de 1922.

(Envío de la autora).

De "Las Fantasías de Juan Silvestre".

Fernando Avila Cruz

Por CARMEN LIRA

YA el tren iba a partir cuando entró un hombrecito sudoroso y acongojado; sentóse cerca de nosotros dándonos el frente, mientras dirigía en torno suyo una sonrisa de triunfo, con la que sin duda quería decirnos: «¡Ya veis, no me dejó el tren!»

—¿Quién es?—pregunté a mi vecino.

—Fernando Avila. Fernando Avila Cruz—se corrigió.

—¡Oh!

Y la escena ocurrida en París en el verano pasado, comenzó a delinearse sobre los árboles del Parque Nacional y sobre las casas de la ciudad que huían:

Paseaba una tarde con un costarricense que hacía unos cuantos años vivía en París, por el Jardín del Luxemburgo. La tarde era muy calurosa y toda la gente del barrio que estaba libre había acudido al Jardín en solitud de un soplo de brisa.

Buscábamos refugio a la vera de la Fuente de Médicis, cuando mi compañero saludó a dos señoras que estaban sentadas: una anciana bajita, pequeña; la otra, que debía ser hija por el parecido, de edad indefinible, que lo mismo podría tener veinticinco que cuarenta años, con un rostro insignificante bajo su canotier claro. Ambas con perfil y movimientos de avecilla.

—La señora y la señorita Machard—presentó mi guía.

Me acogieron con un calor inusitado y se quedaron contemplándome con ojos enternecidos, mientras la más joven murmuraba:

—¡Oh! ¡Costa Rica! ¡Costa Rica!

Reclamaron a mi amigo por qué no me habían llevado todavía a su casa y se quejaron del abandono en que las iban dejando los costarricenses. En otro tiempo, cuando tenían pensión, su casa era el verdadero Consulado de Costa Rica... A la Rue Madame iba a parar cuanto *tico* llegaba a París.

Y la señora Machard reía y reía al

pronunciar la palabra *tico*, como para que yo comprendiera que estaba bien enterada de nuestras debilidades de lenguaje.

La señorita Machard se desatendió de la conversación para confiarme:

—¿Sabe? Yo estoy comprometida con un costarricense... Fernando Avila Cruz.

—No lo conozco—la repliqué.

—¡No lo conoces!—Y en su voz había tal asombro!

Muy a menudo se encuentran en Europa gentes que creen que la América Latina es un gran caserío—de mayores o menores dimensiones según la imaginación del europeo—y se ha dado el caso de que a un guatemalteco que regresa a su patria, se le dan recomendaciones para un argentino. Quizá suponen que Guatemala es un barrio de la Argentina.

Dado este antecedente, tenía que ser inconcebible para la señorita Machard, que yo no conociera a Fernando Avila Cruz, el primero y más importante de los latino-americanos para su vida.

Pero así era. Yo no le conocía. En vano el otro me explicaba: —Sí, hombre, de los Avila de Alajuela, aquellos que siempre han tenido tienda frente al Parque Juan Santamaría, uno bajo, moreno, ni grueso ni delgado, que estuvo aquí estudiando dentistería.

—Fernando Avila Cruz... Un nombre muy español, Fernando, como el rey católico—comentó con delectación ella. Se comprendía que a menudo repetía lo mismo.

—Y a él no le gusta cuando no se le llama con sus dos apellidos—agregó mi compañero con un si es no es de sorna.

A medida que se me hacían explicaciones sobre el señor Avila Cruz, el rostro de la señorita Machard se animaba: en sus ojos claros se encendía una llama minúscula que sonrosaba y entibiaba las ojeras marchitas; el arco

flojo de su boca se distendía por una sonrisa que hacía pensar en un dardo de oro. En ese instante parecía estar en sus veinticinco años.

—¡Fernando Avila Cruz!

El nombre era resonante y la fantasía daba prestancia a quien lo llevaba.

Y pensé en el lejano compatriota de nombre romántico, cuyo recuerdo operaba tal milagro en esa criatura. Era como si una varita mágica la hubiese tocado.

Observé con insistencia que lucían en el pecho sendos prendedores de esos que fabrican los orfebres de Puntarenas. Eran unos pecesillos de carey con un «Recuerdo» de oro al flanco.

Las damas se dieron cuenta, se fijaron en su joya respectiva y cambiaron una sonrisa de inteligencia encantada.

—Los envió Fernando—explicó con voz suave la joven.— ¡Me ha enviado tantas cosas!

Se habló del tesoro de curiosidades ticas que poseía la casa Machard: un album de tarjetas postales con vistas de Costa Rica, ya el indispensable Teatro Nacional,—del cual hablan siempre los josefinos con cierto repulgo vanidoso en los labios—ya cogedores de café, una carreta o un tren cargado de bananos, etc.; había también en el tesoro una cestita de las que fabrican los cholos del cantón de Mora y unos cacharrillos de indios. (Mi amigo me explicó más tarde que entre unos dos auténticos, quizá la malicia de Fernando Avila Cruz, había deslizado ollitas y tinajitas, de esas que para solaz de los niños hacen los alfareros de Alajuelita. ¡Y todo ello envió de Fernando Avila Cruz a su novia!

Era indispensable que yo fuese lo más pronto a la Rue Madame, a dos pasos de allí a deleitarme y a calmar mi nostalgia, con la vista de esas chucherías de mi patria.

La señorita Machard me dijo con acento conmovido, mientras contemplaba una pareja de palomas que se acariciaban posadas en un seno de la Galatea:

—Ya conoceré su Costa Rica.

La madre suspiró:

—¡Ah! ¡Sí! Mi hija tiene que irse a vivir a Costa Rica... Y yo quedaré sola...

Los ojos de ambas se buscaron y se llenaron de agua.

Hubo un silencio triste, salpicado con la algarabía que armaban los gorriones que se bañaban junto al idilio del pastor y la ninfa.

Me explicaron que la anciana no se animaba a emprender un viaje tan largo. Tenía el presentimiento de que no resistiría el clima.

A esto, yo me hice lenguas del clima de nuestra meseta, porque seguramente ellas irían a vivir a Alajuela o a San José.

La señorita Machard se sorbió las lágrimas, me dirigió una mirada de reconocimiento, y como si el viaje no se hubiese llevado a cabo por la resistencia de Madame Machard:

—¡Lo ves, mamá, si yo te he dicho muchas veces lo mismo!—¡Cómo iba ella a dejarla sola, cuando era hija única!

Insistí sobre este punto todavía y me extrañó que mi compañero no me hiciera coro ante las demostraciones rebeldes que con la cabeza hiciera la madre, lo cual era motivo de congoja y enternecimiento para la hija. Me volví en busca de ayuda y lo sorprendí entretenido con los zigzags de una carpa por atrapar las migas de pan que arrojaba un niño entre el agua. Sin embargo, me pareció me veía con el rabillo del ojo y que en las comisuras de su boca asomaba la cabecilla maliciosa de una sonrisa.

—¿Y cuándo es el viaje?—inquirí. Podríamos tal vez hacerlo juntos. Yo regresaría en el mes próximo.

No podían fijarlo aun. Ultimamente no habían vuelto a recibir carta de Fernando. ¡Si estaría enfermo! Y la llamita en los ojos claros parpadeó como si fuera a extinguirse.

Con el doctor Bonilla que se había graduado hacía poco y que acababa de partir, le habían enviado un ultimátum. ¡Era mucho esperar ya! Con cada costarricense amigo suyo, que regresaba al terruño, le mandaban cartas perentorias, y él contestaba siempre que a fines de año, que a principios del entrante. Y así habían transcurrido quince años...

—Sí, quince años...—repitió como un eco la madre, y por su mejilla arrugada se resolvió a resbalar la lágrima que se había quedado temblando en el borde del párpado.

Y hablaban sencillamente, como habría hablado yo de quince días o de tres meses.

Ahora los ojos claros estaban fijos en la esmeralda del anillo de compromiso, y al contacto de la piedra verde, la llamita se reanimaba y enviaba un fulgor a la ojera marchita.

También un rayo del sol poniente, acariciaba las hojas secas que se arrastraban por el suelo.

De entre el murmullo de la concurrencia y la gritería de los niños que jugaban con sus barquitos en la gran pila, se levantó como un surtidor, el chorro de sonidos metálicos del clarín que tocaba retirada. Por una avenida se alejaba una vendedora de globos con su vara alegre de burbujas de colores que agitaba el viento.

Mi amigo había dejado de mirarme con el rabillo del ojo y dentro de su boca se había escurrido la sonrisa maliciosa.

El tiempo se encargó de ir convirtiendo al Fernando Avila Cruz de la señorita Machard en aquel hombrecito ridículo, de flamante chaleco de fantasía, con tacos de algodón en los oídos, barrigón y chapaneco, que no podía cruzar las piernas, que atravesaba, de un modo caprichoso, sobre la calva anterior unos cuatro cabellos llenos de pomada y que usaba lentes asegurados a su traje por una sutil cadenilla de oro, lo cual daba la idea de que esta criatura jugaba a persona seria y erudita.

Y mientras veía la carne de las mejillas mofetudas de Fernando Avila Cruz, temblar con el movimiento del tren, imaginé que tal vez en ese mismo instante, en algún romántico rincón del Luxemburgo, la señorita Machard tendría entre sus manos el cabo de un hilo de ensueños amorosos, que iría flotando sobre los árboles, sobre la ciudad, sobre los mares y venía por fin a arrollarse y formar el ovillo que se agitaba frente a mí.

¡Fernando Avila Cruz!

He observado que a menudo la gente de estatura baja, trata de imponerse en la fantasía del prójimo, bien añadiendo sílabas a su nombre, bien con unos tacones altos.

Mi vecino me informó que Fernando Avila Cruz—que lleva el mismo nombre de pila del rey católico—vivía ahora en Grecia, en donde era dueño de una pulpería, con una campesinota que le había dado una marimba de chiquillos de mejillas coloradas y colgantes como las del padre. Parece también que aprovechó sus habilidades de pendolista en la fabricación de un título imaginario que lucía en marco dorado en la sala de su casa. Además parece que receta por homeopatía y saca muelas.

Y al descender del tren miré con simpatía al ser que ha alimentado durante diez y seis años y alimentará quién sabe cuántos más, las quimeras sentimentales y sensuales de un espíritu femenino, sin desilusionarlo.

(Envío de la autora).

Gorgas, Laveran y Manson

POR C. PICADO T.

ACABA de morir Manson, el célebre médico inglés. Todos los médicos conocen su magna obra: «Enfermedades tropicales» y algunos tuvieron la suerte de oírlo en la Escuela de Medicina Tropical de Londres.

Se reveló al mundo científico descubriendo un hecho insólito; encontró, estando en China, que las filarias (gusanos microscópicos que producen la elefantiasis) eran transmitidas por los zancudos; tocó, pues, a Manson coger a estos insectos por primera vez en flagrante delito y se declaró su enemigo mortal. Sus trabajos fueron recompensados y recibió el noble título de «Sir», tan raro de obtener en la Gran Bretaña.

En este mismo año murió Laveran, el que descubre el agente del paludismo, estudiando la sangre de enfermos en Argelia.

Investigando el modo de transmisión del paludismo, escribe en 1884: «¿Los zancudos representan algún papel en la patogenia del paludismo, como lo hacen en la de la filariosis? El hecho no es imposible, pues es de notarse que los zancudos abundan en todas las localidades palustres».

Esta incriminación de Laveran es luego transformada en certeza, gracias a un plan de estudio elaborado por Manson.

Laveran recibe en 1907 el premio Nobel. «En reconocimiento de sus tra-

bajos sobre el papel de los protozoarios como agentes de enfermedades», A estos estudios consagró su vida, trabajando en el Instituto Pasteur.

Gorgas, el sabio americano que saneó la Habana y Panamá de la fiebre amarilla, emprendiendo lucha encarnizada contra los zancudos que la transmiten, había ya precedido en la muerte a Laveran y Manson. Ascendido a la jerarquía de General, desempeñó durante la gran guerra las funciones de jefe de servicio de la armada americana. Gorgas esperaba «escribir el último capítulo sobre la fiebre amarilla», pero enferma en Inglaterra; en su lecho de muerte da sus últimas instrucciones para la campaña que había emprendido. El Rey Jorge viene a visitarlo y a conferirle personalmente la orden de San Miguel y de San Jorge. A su muerte el Gabinete Británico ordena funerales nacionales a este extraordinario general que empleó su energía, su táctica y su inteligencia, no para luchar contra los hombres sino para luchar contra los zancudos.

Desaparecieron, pues, ya de la faz de la tierra, el que descubrió en China su primer delito, quien los acusó en el Africa y quien los persiguió en América.

¡Los zancudos están de plácemes!

(Envío del autor).